

ANÁLISIS TEÓRICO EN TORNO AL BINOMIO CULTURA Y DESARROLLO

PAOLA CORTÉS ALMANZAR
GABRIELA SCARTASCINI SPADARO

I NTRODUCCIÓN

Históricamente la cultura no ha sido tomada en cuenta por los especialistas en desarrollo, puesto que comúnmente se asume que si cierto modelo funciona apropiadamente en una comunidad, debería entonces suceder lo mismo en otra. Es así que la definición como sinónimo de crecimiento económico, sin figurar otros factores, sigue predominando en la práctica de los especialistas, y de igual forma en los organismos gubernamentales y no gubernamentales, quienes son los responsables de implementarlos.

En los últimos años esta postura ha ido revirtiéndose, a través de las acciones que están realizando organismos internacionales, como la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), el Banco Mundial (BM) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), que tratan de pactar con sus técnicos y funcionarios, acerca de la relevancia y repercusión que tiene la cultura en el fracaso o el éxito de los proyectos de desarrollo. Sobre todo ahora, cuando se viene reconociendo

RESUMEN: La inclusión de la dimensión cultural en los estudios del desarrollo hoy en día no solo es una realidad dentro de los espacios académicos, sino que también es aceptado y promovido por organismos internacionales. Esto ha significado un profundo cambio conceptual hacia una visión más holística del desarrollo lo cual ha implicado abrir paso a otras disciplinas anteriormente no tomadas en cuenta. Tal amplitud de voces a su vez ha producido múltiples debates sobre la relación entre ambos conceptos (desarrollo y cultura) en torno a la naturaleza de la relación (que se entiende por uno y por otro), así como a su viabilidad y plausibilidad (como medir esta relación). El presente artículo busca reflexionar sobre dichos debates, así como los supuestos detrás del binomio desarrollo y cultura, sus retos y alcances.

PALABRAS CLAVE: Calidad de vida, desarrollo humano, desarrollo local, bienestar, políticas públicas.

ABSTRACT: The inclusion of the cultural dimension in the studies of development today is not only a reality within academic spaces but is also accepted and promoted by international organizations. This has meant a profound conceptual change towards a more holistic vision of development which has meant opening the way to other disciplines previously not taken into account. This amplitude of voices in turn has produced multiple debates about the relationship between both concepts (development and culture) around the nature of the relationship (which is understood by one and the other) as well as its viability and plausibility (how to measure said relationship). This article seeks to reflect on these debates, as well as the assumptions behind the binomial development and culture, its challenges and scope.

KEY WORDS: Quality of life, human development, local development, welfare, public policies.

que después de aproximadamente 40 años de la aplicación de políticas de desarrollo, aún se está lejos de terminar con la pobreza y de acrecentar

los niveles de calidad de vida, sobre todo en los países nombrados como del tercer mundo. Pike (2011) sostiene que, entre otros, algunos de los tópicos

PAOLA CORTÉS ALMANZAR, doctora en Ciencias para el Desarrollo la Sustentabilidad y el Turismo, Departamento de Psicología del Centro Universitario de la Costa, Universidad de Guadalajara. paolacortesalmanzar@gmail.com

GABRIELA SCARTASCINI SPADARO, doctora en Ciencias para el Desarrollo la Sustentabilidad y el Turismo, Departamento de Estudios Internacionales y Lenguas Extranjeras del Centro Universitario de la Costa, Universidad de Guadalajara. lauraeva@hotmail.com

más relevantes del desarrollo son la prosperidad y bienestar, el acceso a los servicios particularmente de educación, la calidad de vida y la reducción de las desigualdades. ¿Se puede hablar de países emergentes y de frontera en vez de tercer mundo?

Según Bandarán (UNESCO, 2013), el papel de la cultura en el desarrollo no ha sido siempre evidente para todos; sin embargo, hoy en día se observan avances en este sentido, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y diversos países reconocen su importante papel; no obstante todavía se requiere de una firme determinación para incluir de manera sistemática la cultura en la agenda para el desarrollo a escala mundial y lograr que se inviertan los recursos adecuados en este sector. En el contexto de la agenda post 2015, la UNESCO continúa impulsando la cultura y sigue abogando por su contribución al desarrollo sostenible.

Dichos organismos internacionales reivindican que las dimensiones culturales deben formar parte de los objetivos centrales, dentro de los esfuerzos que se realizan en pro del desarrollo y que, de no ser incorporados con este enfoque, seguramente el progreso económico y tecnológico perdería su auténtico sentido, ya que para lograr un mayor alcance y resultados positivos es necesario ver que el concepto de desarrollo sea integral. Reconociendo la mutua influencia de la dimensión política sobre lo económico y lo cultural, de lo económico sobre lo político y lo cultural, y de lo cultural en relación con lo económico y lo político, Gauna (2011) señala que las políticas se deben desarrollar a partir del reconocimiento de las propias necesidades, de sus características y de su historia de vida como sociedad, en la búsqueda de acciones encadenadas a su realidad mediante tres actores: las empresas, el gobierno y la sociedad organizada.

Hoy en día la inclusión de la cultura como un elemento determinante

para el desarrollo es de alguna manera aceptado tanto por los organismos internacionales, así como por los mismos gobiernos; sin embargo, la relación entre ambos conceptos se ve atravesada por una serie de dificultades. Hay quienes lo ven con recelo (Martín-Barbero, 1999) y quienes son escépticos sobre la viabilidad del binomio y la posibilidad de establecer indicadores adecuados que permitan medir avances y alcances de las políticas culturales. Hay quienes ven la cultura como la clave para resolver todos los problemas y hay quienes limitan lo cultural a las experiencias más folclóricas (Bruner, 1988; Rist, 1999).

Actualmente podemos encontrar dos posturas dentro de esta relación entre cultura y desarrollo; ambas reconocen la importancia que los factores culturales tienen en las políticas de desarrollo, al punto de que dichos elementos pueden entorpecer, así como facilitar la implementación y los resultados de tales políticas. Sin embargo, dichas posturas difieren en la concepción y relevancia que se tiene de la cultura en relación con el desarrollo.

La primera de estas dos concepciones es la más común dentro de los enfoques tradicionales del desarrollo y concibe a la cultura implícitamente en un sentido utilitario, la ve más como un indicador, en tal proceso. Esta postura expresa que la cultura es una variable dependiente del desarrollo, la cual no se encuentra en su mismo nivel, y que más bien está subordinada a él.

Desde esta postura, la cultura entonces debería ser considerada para no llegar a ser un problema que obstaculice las intenciones de un proyecto de desarrollo y logré ser aprovechada con la finalidad de favorecer en el cumplimiento de los objetivos de los respectivos proyectos. Evidentemente se trata de una concepción limitada de la cultura que la ajusta al plano de las ideas, y a las ideas a una magnitud determinada por –y dependiente de– la actividad económica.

El segundo enfoque sobre el lugar de la cultura en relación con el desarrollo proviene de las ciencias sociales; estima que el desarrollo se ubica en un contexto cultural establecido, y no al revés. Amartya Sen (2004), aunque es economista, es uno de los principales representantes de dicho enfoque, y él propone que el desarrollo es una práctica cultural. Plantea que todo lo que ha sido hecho por las personas mediante su contacto y relación con la naturaleza origina cultura. Es así que en el plano práctico, y a su vez en la dimensión de las ideas, configuran parte de la cultura de un determinado grupo humano.

En este mismo sentido, Delgado (2015) señala que el desarrollo local es un esfuerzo de integración de actores locales, la cultura viene a convertirse en el “cemento” que los une para convocar y promover el encuentro para la transformación desde sus valores y referencias históricas y cotidianas comunes. El concepto de lo local prefigura una identidad cultural territorial, un conjunto de valores que hermanan y marcan en tiempo y espacio a los pobladores de una localidad y los vinculan con la historia común, el paisaje, lo urbano, la organización social y su economía.

La UNESCO es uno de los organismo que han impulsado dicho enfoque haciendo hincapié en cuanto al tema de la diversidad cultural, resaltando que la cultura surge de la relación entre el individuo y su entorno físico; esto a través de la manera en que se manifiestan actitudes y creencias en torno a otras formas de vida, como la vegetal y la animal.

Diferentes formas de vida generan a su vez diferentes ideas de bienestar lo que se traduce en distintas ideas de desarrollo, las cuales en el fondo están determinadas por factores culturales. Siguiendo en esta misma línea, la cultura se ve conformada tanto por lo espiritual como por lo material. Siendo entonces toda manifestación humana un resultado cultural. Por consiguien-

te, la economía así como el desarrollo material y las creencias que sobre esta se construyen y se modifican, integran la cultura. En este sentido es entonces imposible separar la cultura de las actividades económicas, y claro, imposible entonces considerar el desarrollo fuera de la cultura, puesto que crearía un contrasentido.

El Modelo Barcelona de desarrollo local ha sido ampliamente debatido. Desde su inicio en la década de 1980 hasta la actualidad, Rius y Sánchez-Belando (2015), han escrito sobre el asunto; exponen que el Modelo Barcelona de desarrollo local ha permitido que la cultura en general fuese percibida como un elemento fundamental de la identidad de la ciudad, de su desarrollo urbano y espacio público, también de su desarrollo económico presente y futuro, así como de su proyección internacional. Ello se ha visto reflejado en la mayor centralidad organizativa, presupuestaria y política del área cultural dentro de la agenda local. De manera habitual, este modelo de política cultural ha sido interpretado como un instrumento en la agenda de desarrollo local.

Un punto de encuentro entre los conceptos desarrollo y cultura se localiza en los términos desarrollo cultural local y desarrollo cultural comunitario; Palacios (2017) señala que solo a través de la participación en los procesos de desarrollo cultural local y desarrollo cultural comunitario se da cumplimiento a las expectativas que el término desarrollo cultural ha generado; las políticas de desarrollo local en cultura deben integrar la dimensión comunitaria al momento de hacer política cultural. Así se plantea el desarrollo en cultura como el cumplimiento de las necesidades en esta área, puestas al mismo tiempo en relación con el reconocimiento del derecho a participar en la vida cultural de la comunidad por la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Es por ello que la dimensión comunitaria se ubica dentro de las políticas de de-

sarrollo cultural, siendo necesaria en su imaginario proponer una gestión cultural participativa.

El desarrollo surge y se traza dentro de un concreto contexto cultural, por lo que mientras no se le considere como un proceso anclado en tal contexto, no podrá ser adherido a otros contextos con un sentido seguro de éxito o aprobación.

El avance del bienestar y de las libertades que nosotros buscamos con el desarrollo no puede sino incluir el enriquecimiento de la vida humana a través de la literatura, la música, las bellas artes, y otras formas de expresión y práctica cultural, que nosotros tenemos razón en valorar... El tener un alto PNB per cápita pero poca música, arte, literatura, etc., no equivale a un éxito de desarrollo. De una forma u otra, la cultura absorbe nuestras vidas, nuestros deseos, nuestras frustraciones, nuestras ambiciones y las libertades que buscamos. La libertad y la oportunidad para actividades culturales están entre las libertades básicas, cuyo fortalecimiento debe ser considerado parte del desarrollo (Sen, 2004, p. 39).

Dentro del primer enfoque la cultura es considerada como un producto dentro de la esfera económica y así mismo una variable que depende de esta. Mientras que desde el segundo enfoque, la cultura es vista como la matriz de donde emergen los procesos de la humanidad, los sociales, culturales y materiales. En el primer enfoque, el especialista en desarrollo suele pensar que puede prescindir de la cultura, o bien verla como un factor secundario, el cual se puede o no considerar, según sea el caso. Por otra parte, el segundo enfoque implica relativizar el concepto de desarrollo, situándolo y definiéndolo según las necesidades y la idea de bienestar que se tengan en cada específico grupo cultural, quienes a su vez serán los receptores de dicha propuesta de desarrollo. Retomando e impulsando el concepto de desarrollo en su sentido no solo material, sino espiritual del ser humano.

El desarrollo viene a ser el uso pleno de la libertad que tienen las personas para decidir sobre sus vidas, sus ocupaciones, su consumo, su cultura y, en general, para lograr vidas plenas (González de Olarte, 2003, p. 7).

Bajo este segundo enfoque, los diagnósticos y las mediciones sobre desarrollo humano se han visto en la necesidad de no solo tomar en cuenta los elementos económicos, sino que también ha sido necesario contar con los factores de educación y salud, los cuales incurren y están relacionados directamente con la calidad de vida, y por el contrario, no siempre están directamente en correspondencia con el crecimiento económico.

En 2004 el Informe sobre Desarrollo Humano estuvo centrado alrededor de la idea de libertad cultural; en este se incorporaron por primera vez elementos como las libertades culturales y la diversidad cultural; además se hizo énfasis en la importancia de multiculturalidad en la democracia.

la libertad cultural es una dimensión importante de la libertad humana, pues resulta decisiva para que la gente viva de acuerdo con sus preferencias y tenga la oportunidad de escoger entre las opciones a su disposición (PNUD, 2004, p. 13).

Aquí se advierte y se critica el que las políticas y planes de desarrollo, constantemente adoptan e imponen una orientación "modernizante" y "occidentalizada" que rompe con los estilos de vida de las personas en el nivel local.

Cabe señalar que esto no significa necesariamente la preservación del *status quo* de las comunidades hacia las cuales están dirigidos los proyectos, pues sucede que el cambio sea voluntad y aspiración de la comunidad misma, o también que existan ciertas costumbres o tradiciones que sean contrarias a los postulados en la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Las ideas sobre un buen estándar de vida, sobre las cuales la “aspiración” resulta el apoyo central, raramente se manifiestan en forma abstracta. Siempre aparecen en las imágenes de belleza, armonía, sociabilidad, bienestar y justicia. La trama de esas imágenes puede ser universal pero las representaciones son locales y por ello culturalmente entendidas y vividas (UNESCO, 2004).

La crítica radica más bien en que al reducir la diversidad cultural se genera una estandarización y homogenización que a su vez reduce las ideas de bienestar, ocasionando una imposición del concepto particular del bienestar a grupos de poblaciones cada vez mayores, los cuales pueden no corresponder con sus propias concepciones de lo que constituye una buena vida.

El crecimiento se ha concebido frecuentemente en términos cuantitativos, sin tomar en cuenta su necesaria dimensión cualitativa, es decir, la satisfacción de las aspiraciones espirituales y culturales del hombre. El desarrollo auténtico persigue el bienestar y la satisfacción constante de cada uno y de todos (UNESCO, 1982).

La cultura cambia constantemente a lo largo del tiempo y los espacios. Dichos cambios son productos de la diversidad y pluralidad de identidades de los grupos y colectivos que forman una comunidad, y que interaccionan entre sí, así como de las interacciones entre comunidades. Motivo por el cual, la diversidad cultural constituye un patrimonio que deber ser promovido y preservado para generaciones presentes y futuras.

Toda política cultural debe rescatar el sentido profundo y humano del desarrollo. Se requieren nuevos modelos y es en el ámbito de la cultura y de la educación en donde han de encontrarse (UNESCO, 1982).

Este será un punto esencial para la conexión entre cultura y desarrollo, que de manera conjunta se espera sirvan de

guía en los esfuerzos hacia la democracia y la equidad en el nivel mundial. Cuando se habla de algo mundial se refiere también a que la diversidad cultural no puede limitarse a lo local o nacional, sino que se debe tender hacia el diálogo transnacional, ya que esto posibilita aún más la cooperación internacional e intercultural, al mismo tiempo que amplía los recursos y discursos disponibles para que las comunidades los adapten y apliquen a su situación concreta, retroalimentándose unas a otras.

SUPUESTOS

Existen varios supuestos o presunciones que se encuentran detrás del enfoque tradicional economicista sobre la relación entre el desarrollo y la cultura. Uno de los principales puntos de crítica en la correlación que hacen los estudiosos del desarrollo entre prosperidad económica y calidad de vida: primero, porque este último concepto varía según las sociedades y las culturas; segundo porque históricamente se han dado casos en donde los indicadores económicos de un país mejoraban de manera sustancial pero no así las condiciones de vida de las personas. Existen diversos factores que entran en juego entre una y otra cosa, por ejemplo el aumento de la desigualdad y la concentración de la riqueza. El que a ciertas empresas de un país les vaya bien no significa necesariamente que a sus trabajadores también les vaya bien o que a la población le vaya bien.

Otro de los supuestos que encontramos es la idea de desarrollo como algo propio de Occidente. Esta creencia de que la democracia o los valores democráticos y las libertades individuales son algo único de la cultura occidental, cuando si uno hace una revisión histórica de los valores democráticos es posible remontarse a las culturas prehispánicas, tribus de África o sociedades de Asia.

En ocasiones también se concibe al desarrollo como la expansión de

los mercados a lugares anteriormente ausentes (por ejemplo, los proyectos de desarrollo rural en países “subdesarrollados”, “en vías de desarrollo” o “del tercer mundo”), sin tomar ningún tipo de consideración sobre los efectos que dicha expansión tendrá en los modos de vida y valores asociados con la cultura del lugar.

La expansión de mercados no implica solo la introducción de nuevas mercancías a una determinada localidad, sino también la introducción de manera encubierta de elementos culturales; en la mayoría de los casos se trata de la “cultura occidental”, la cultura de la “modernidad” proveniente de los países industrializados.

Esto concierne al poder absoluto de la cultura, y al modo de vida occidental: socavar los modos de vida y los valores tradicionales. Para cualquiera que se preocupe por el valor de lo tradicional y por los modos culturales indígenas, esto es, sin duda, una seria amenaza. El mundo contemporáneo está dominado por occidente, y a pesar de que la autoridad imperial de los líderes mundiales ha declinado, el dominio de occidente permanece tan fuerte como siempre –y en algunos casos más que nunca, especialmente en materias culturales. El sol nunca se oculta en el imperio de la Coca-Cola o de MTV (Sen, 1999, p. 240).

El desarrollo identificado como sinónimo de modernización ha ocasionado el abandono de modos de vida de sociedades tradicionales, lo cual puede llegar a generar incertidumbre entre los habitantes de dichas poblaciones.

“se vierten pocas lágrimas por la desaparición de métodos de producción o tecnologías”, pero... “el olvido de antiguos modos de vida puede causar angustia y un hondo sentido de pérdida” (Sen, 1999, p. 241).

La nomenclatura misma con que se designa a los países, sociedades y comunidades como “subdesarrollados”, “en vías de desarrollo” o “tercer

mundo" implica una diferenciación en donde la aspiración o modelo a alcanzar es el de los mismos países industrializados... que bajo el mito del progreso definen el desarrollo como un discurso, "con un conjunto de ideas y prácticas de un grupo específico, utilizado para legitimarse unos frente a otros" (Escobar, 1995, p. 4).

Así, las consecuencias de la implementación global de esta noción del desarrollo, concebido bajo estas condiciones, significarían la pérdida de culturas completas, una vez que abandonen sus modos de vida tradicional (los cuales son percibidos como sinónimo de atraso para la mayoría de los especialistas del desarrollo). Escobar (1995) acusa que esto fue algo que se hizo de manera consciente y cita un extracto del documento de las Naciones Unidas de 1951, donde se reconoce el costo social del desarrollo en estos términos:

Se entiende que un rápido crecimiento económico es imposible sin ajustes dolorosos. Antiguas filosofías tendrán que ser olvidadas; viejas instituciones sociales tendrán que desintegrarse; lazos de castas, credos y razas tendrán que evaporarse; y un gran número de personas que no podrán ir a la par que el progreso verán frustradas sus expectativas de una vida confortable. Muy pocas comunidades están dispuestas a pagar el precio total del progreso económico .

La idea del desarrollo entendido como modernización, industrialización, tiene a ver a la cultura tradicional como algo que hay que romper, como un escalón o peldaño a superar inevitablemente si se quiere para alcanzar el progreso.

Un punto de partida para el análisis de la naturaleza del desarrollo como discurso son las premisas básicas que fueron formuladas en los 1940s y 1950s. La premisa fundamental era la creencia en el rol de la modernización como la única fuerza capaz de destruir relaciones y supersticiones arcaicas, a cualquier costo social, cultural o político. La industrialización y la urbanización eran vistas como rutas in-

evitables y necesarias hacia la modernización. Sólo a través del avance material podría ser conseguido el progreso social, cultural y político. Esta visión determinó la creencia que sólo la inversión de capital era el ingrediente más importante para el crecimiento económico y el desarrollo (Escobar, 1995, p. 41).

A manera de resumen, las ciencias sociales han aportado un enfoque crítico hacia la noción del desarrollo como modernización, industrialización y urbanización, denunciando la equiparación de dichos procesos con el desarrollo mismo no solo por parte de los expertos sino que además se ha hecho extensivo al público en general.

CONCLUSIONES

El desarrollo humano plantea que el objetivo del desarrollo debe ser ampliar las libertades individuales de las personas quienes se desenvuelven como individuos dentro de una cultura, la cual a su vez determina sus procesos internos, así como su desarrollo psicoafectivo y social, motivo por el que ambos conceptos son indisociables y no se puede seguir hablando y pensando al desarrollo como indistinto a la cultura.

Sin embargo, la aceptación y promoción de la relación entre desarrollo y cultura por parte de gobiernos y organismos internacionales no está exenta de cuestionamientos. Sigue habiendo a quienes les preocupa que no exista una auténtica comprensión de la interdependencia entre uno y otro concepto y se utilice más bien como una suerte de "salida" o "solución"; es decir, como una medida de compensación a la histórica primacía y preponderancia del discurso y visión economicista del desarrollo.

Se señala el que sigan sin atenderse las cuestiones de fondo, como la manera en que se concibe el desarrollo, los supuestos de los que parte, sus implicaciones y consecuencias (paternalismo, exclusión e imposición autoritaria), las cuales atentan contra las libertades in-

dividuales y la diversidad de los grupos sociales que en condiciones desiguales conviven dentro de un territorio.

Si bien la relación cultura-desarrollo es de gran utilidad para entender las limitaciones y problemas con la implementación de proyectos de desarrollo, es importante evitar posicionamientos extremos como el creer que desde la cultura se pueden resolver todos los problemas (violencia delictiva, tasa de desempleo, etcétera) o limitar lo cultural a experiencias y cuestiones de tipo folclóricas (la gestión de las bellas artes, tradiciones y "actos culturales" de los gobiernos).

Se ubicaron una serie de puntos de encuentro conceptuales entre el binomio cultura y desarrollo, entre los cuales se pueden destacar desarrollo local, desarrollo sustentable, desarrollo económico, desarrollo humano, desarrollo cultural, desarrollo comunitario. Se observó también de manera repetida en las definiciones algunas coincidencias como la calidad de vida, el bienestar, la reducción de las desigualdades, acceso a los servicios, respeto por las costumbres y contextos de los territorios.

Es esta la razón por la cual es necesario que las medidas y políticas culturales no sean gestionadas únicamente desde los ministerios y dependencias de cultura, sino que deben buscar atravesar de manera transversal todos los espacios de gestión pública, con la intención de que el debate permanezca abierto y se evite caer en posturas universalistas de corte neoliberal que persisten invisibilizando las diferencias.

BIBLIOGRAFÍA

- Bruner, J. (1988). La teoría del desarrollo como cultura. *Realidad mental y mundos posibles*. Barcelona, España: Gedisa.
- Delgado, B. (2015, enero/junio). Metodología para la construcción de redes comunitarias en la dimensión cultura del desarrollo local sustentable. *Cayapa. Revista Venezolana de Economía Social*, 15 (29), 89-105.

- Escobar, A. (1995). *Encountering development: The making and unmaking of the Third World*. Princeton, Estados Unidos: Princeton University Press.
- Gauna, C. R. (2011). *Participación social en los procesos de desarrollo local*. México: Universidad de Guadalajara-Centro Universitario de la Costa.
- Gonzales de Olarte, E. (2003). *Descentralización para el desarrollo humano en el Perú* (Cuadernos PNUD, serie Desarrollo Humano, 4). Perú: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Martín-Barbero, J. (1999). *Tipología cultural*. Bogotá, Colombia: Fundación Social.
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura-UNESCO. (1982). Declaración de México sobre las políticas culturales. Conferencia mundial sobre las políticas culturales. México.
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura-UNESCO. (1995). *Our creative diversity: Report of the World Commission on Culture and Development*. París, Francia: Autor.
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura-UNESCO. (2004). Declaración Universal sobre la Diversidad Cultural.
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura-UNESCO. (2013). *Cultura y desarrollo* (9). La Habana, Cuba: Autor.
- Palacios, D. (2017). Desarrollo cultural local y desarrollo cultural comunitario. Deslinde conceptual para una gestión participativa. *Culturas. Revista de Gestión Cultural*, 4 (1), 1-14.
- Pike, A. (2011). *Desarrollo local y regional*. Valencia, España: Universitat de Valencia-Servei de Publicacions.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo-PNUD. (2004). *Informe sobre Desarrollo Humano 2004*. Madrid, España: Mundi-Prensa Libros.
- Rist, G. (1999). *La cultura y el capital social, cómplices o víctimas del desarrollo*. París, Francia: Banco Interamericano de Desarrollo.
- Rius, J. y Sánchez-Belando, M. (2015, enero/abril). Modelo Barcelona y política cultural: usos y abusos de la cultura por parte de un modelo emprendedor de desarrollo local. *EURE, Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales*, 41 (122), 103-123.
- Sen, A. (1999). *Desarrollo y libertad*. Barcelona, España: Planeta.
- Sen, A. (2004). How does culture matter. En V. Rao y M. Walton (Eds.), *Culture and public action*. Stanford, Estados Unidos: Stanford University Press.